



Aura García-Junco

ANTICITERA, ARTEFACTO DENTADO



FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO 596



Este libro fue escrito con el apoyo del Programa Jóvenes Creadores 2014-2015
del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y el Programa de Becas
y Formación para Jóvenes 2016-2017 de la Fundación
para las Letras Mexicanas.

Programa Cultural Tierra Adentro
Fondo Editorial

Primera edición, 2018
© Aura García-Junco
© Adolfo Weber por fotografía de portada

D.R. © 2018, de la presente edición:

Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175, col. Cuauhtémoc,
C.P. 06500, Ciudad de México

ISBN 978-607-631-005-2

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa
autorización por escrito de la Secretaría de Cultura/Dirección
General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA





Índice

[13] PRIMERA PARTE: LA INVENCIÓN DEL COSMOS

49 Intermedio I. Maquinaria de maravillas

[51] SEGUNDA PARTE: DEL OTRO LADO DEL MAR

77 Intermedio II. La gran enciclopedia

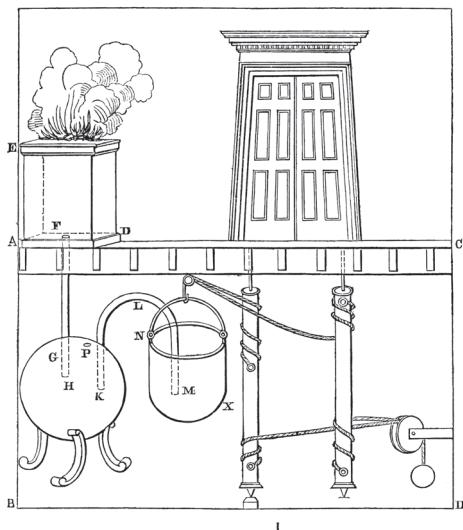
[79] TERCERA PARTE: ORÍGENES

107 Epílogo. Quien escribe los secretos

109 Notas de la autora

y, como no tenía nada verídico que contar pues nada digno de ser relatado me ha sucedido, me orienté a la ficción, pero con mucha más honestidad que los demás, pues diré la verdad cuando afirmo que miento.

LUCIANO DE SAMOSATA, *HISTORIA VERDADERA*



1

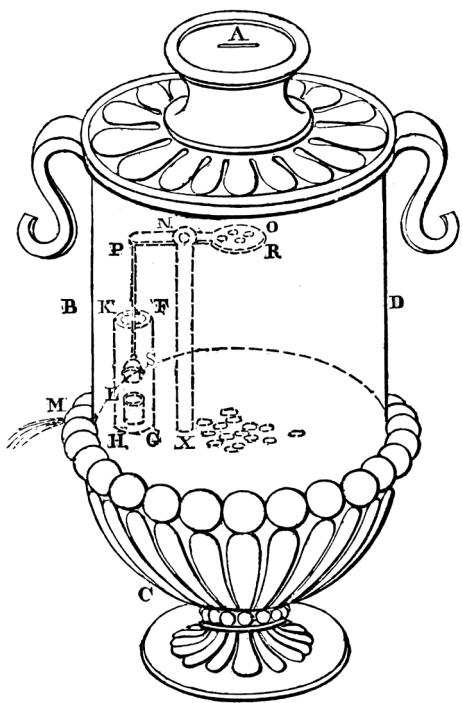
PRIMERA PARTE
LA INVENCIÓN DEL COSMOS



Para seguir el recorrido de una gota a través de este mecanismo, bastaría con unir los puntos que Herón de Alejandría trazó en su mapa de armado. En cambio, para entender las repercusiones de su invento, habría que seguir la gota desde el momento en que sale y toca las manos de quien puso la moneda.



Agua





Un primer cálculo

FRINÉ SE ESCONDÍO BAJO UNA MESA en la esquina más remota del cuarto. Contuvo su respiración hasta reducirla a un soplo imperceptible. El soldado entró. Su figura tosca alteraba el aire de la habitación en penumbras. Arquímedes hacía cálculos sobre el suelo con una tiza. Fiel a su costumbre, el viejo estaba ensimismado y ni siquiera lo miró. El militar gritaba en latín, con voz de guerra. “Viejo, ¿eres el inventor?, ¡contesta!” Sólo el eco le respondía; con elocuencia, su interlocutor continuaba trazando líneas y números. “¡Viejo! ¡Habla!” Arquímedes no alzó la cabeza, así que no vio cuando la espada se acercó a él. Friné, con las cejas alzadas como marco nefasto para sus ojos, observó metal y carne contraer el matrimonio más breve. Mordió su labio hasta hacerlo sangrar. Sintió una lágrima de furia quemar su rostro, pero esperó ahí hasta estar segura de que podría irse. Minutos como gotas carmesí manando de su maestro. Cuando el silencio lo recubrió todo, tomó el papiro y el mejor de los artefactos que ella y el inventor habían armado. Estaba casi completo. Menuda de por sí, y aún más disminuida por el dolor, caminó lento, envuelta en un sueño de incertidumbre, hasta salir de Siracusa. Desde la lejanía, contempló la ciudad arder bajo las antorchas romanas. Un espectáculo de cuchillas naranjas y humo negro acompañó su primer descanso. Ahí sentada, le hizo una promesa al viejo, una que era más bien para sí misma. “Esta máquina le dará algún día la vuelta al tiempo, antes de tu muerte, una y otra vez.”



La fábula de Anticitera

“SI GIRAS ESTA PALANCA, Selene acelera su curso y las estrellas a su alrededor cambian.”

El niño miró con ojos lunares el aparato. “Así es, unas pocas palancas y círculos conectados pueden mover el universo.”

Heraclea mostraba sus monolitos gigantescos, y el mar sostenía sobre su vientre las naves llenas de mercancías. Padre e hijo observaban en la barca oscilante la máquina. El pequeño no se atrevía a tocarla. Ahí, entre las manos del padre, tan cerca que el brillo del metal deslumbraba sus ojos, estaba el objeto más complejo que había visto, y su corazón intuía lo que su mente no podía armar del todo: la posibilidad de cambiar el orden de la bóveda celeste; de acelerar el curso del tiempo y la de por sí breve existencia humana.

“Y en esta marca es donde crece el grano, en esta otra donde los dioses suspiran y el invierno llega.”

Egipto, el fértil, mostraba ya la luz de sus faros, y el niño acercaba poco a poco su mano al mecanismo. Giró la perilla; primero lento: las estrellas rotaron; luego más rápido: la noche se hizo día; más rápido: los campos se cubrieron de cosechas para luego morir.

Después, un crujido cuya intensidad aumentaba y un temblor intenso. El mar enloqueció por el impulso de las entrañas terrestres y los ídolos de piedra cayeron uno a uno, volviendo a su origen. El océano los acogió a todos en su vientre y el artilugio abandonó las manos hacedoras para siempre.